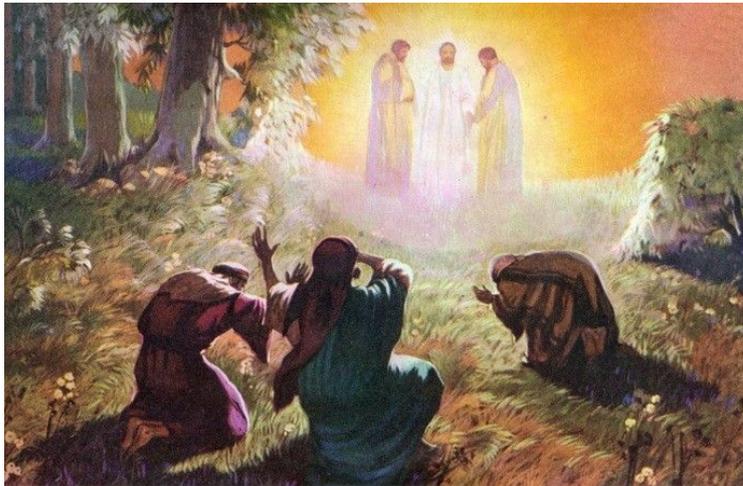


Domingo de Cuaresma,
Ciclo A 8-03-2020

El tiempo de cuaresma más que referencia a un calendario es un viaje espiritual durante el cual se nos invita a realizar una conversión personal, un cambio de vida, con el fin de acercarnos un poco más al verdadero Dios.



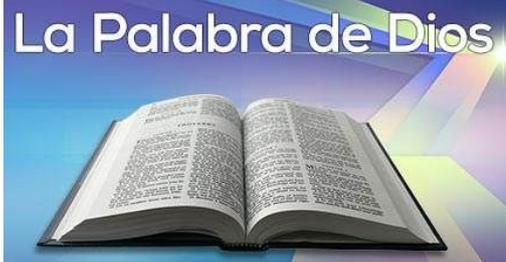
Al plantearnos realizar ese cambio no vamos a fijarnos en las circunstancias que configuran nuestra vida diaria: la familia, el trabajo, las amistades, los períodos de descanso, no. No se nos pide que abandonemos el lugar en que vivimos sino que afrontemos el quehacer diario con otros ojos, con otra pretensión. El cambio a dar está en nuestro mundo interior porque, como apunta el autor refiriéndose a la suerte del Buscón: *fuese peor en las Américas porque la felicidad no consiste en cambiar de sitio sino en cambiar de vida.*

Hoy leemos el pasaje de la transfiguración del Señor. El relato nos indica que lo ocurrido es como un anticipo de la resurrección del Señor, un momento de éxtasis en el fragor de la batalla diaria, un anuncio de la gloria venidera, del destino al que no solo Jesús sino todos sus discípulos estamos convocados. Ahí, en la cumbre de una montaña, está Jesús con Pedro, Santiago y Juan. Cuando le ven revestido de gloria, hablando con Moisés y Elías -representantes de la Ley y los Profetas-, se sorprenden y quedan maravillados: *Señor, que bien se está aquí,* afirma Pedro. La alegría es tal que hasta se olvidan de sí mismos.

El momento de felicidad pronto se desvanecerá aunque las palabras que se dejan oír desde la nube causarán en ellos una fuerte impresión y les servirán de referencia para el resto de sus vidas. Esas son la clave de la narración: - *Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadle!*. Las enseñanzas de Moisés y Elías se oirán a partir de aquí, sublimadas, a través de la voz del Maestro. Y no están dichas para satisfacer una necesidad puntual sino para iluminar todos los instantes de sus vidas. Porque la cumbre no es un lugar para vivir, para habitar permanentemente. Hay que bajar a la realidad cotidiana invadida por numerosas pruebas y, cuando menos, de una enorme monotonía. Y la verdad que se anunció en la cumbre seguirá siendo indispensable para entender y seguir los pasos del Señor.

¿De qué modo percibiremos nosotros las luces de la transfiguración?
Si echamos

una mirada a nuestro pasado quizás podamos revivir instantes en los que hemos sentido la fuerza de la fe y la seguridad de estar en el camino justo como fruto de un tiempo de retiro, de un rato de oración personal o de un gesto de fraternidad que nos ha llegado al corazón. Ya podrían venir después, incomprendiones enfermedades y dificultades de cualquier tamaño; aquellas certezas continuaron ofreciéndonos solaz y consuelo incluso en medio de la adversidad. También la transfiguración ayudó a los discípulos a fiarse de Jesús mientras subía a Jerusalén donde Jesús sufriría su pasión y muerte. Con el paso del tiempo el mismo Pedro lo recordará agradecido: *Hemos sido testigos oculares de su grandeza... y esa misma voz, transmitida desde el cielo, es la que nosotros oímos estando con él en la montaña sagrada* (2Ped 1,16-18)



Lectura del libro del Génesis (12,1-4a)

En aquellos días, el Señor dijo a Abran: *Sal de tu tierra, de tu patria, y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré. Haré de ti una gran nación, te bendeciré, haré famoso tu nombre, y serás una bendición. Bendeciré a los que te bendigan, maldeciré a los que te maldigan, y en ti serán benditas todas las familias de la tierra.* Abran marchó, como le había dicho el Señor.

Palabra de Dios

Salmo: **Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti.**

La palabra del Señor es sincera,
y todas sus acciones son leales;
él ama la justicia y el derecho,
y su misericordia llena la tierra. **R/.**

Los ojos del Señor están puestos en quien lo teme,
en los que esperan en su misericordia,
para librar sus vidas de la muerte
y reanimarlos en tiempo de hambre. **R/.**

Nosotros aguardamos al Señor:

él es nuestro auxilio y escudo.

Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros,
como lo esperamos de ti. **R/.**

Lectura de la segunda carta del apóstol San Pablo a Timoteo (1,8b-10)

Querido hermano:

Toma parte en los padecimientos por el Evangelio, según la fuerza de Dios. Él nos salvó y nos llamó con una vocación santa, no por nuestras obras, sino según su designio y según la gracia que no dio en Cristo Jesús desde antes de los siglos, la cual se ha manifestado ahora por la aparición de nuestro Salvador Cristo Jesús, que destruyó la muerte e hizo brillar la vida y la inmortalidad por medio del Evangelio.

Palabra de Dios.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (17,1-9)

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y subió con ellos aparte a un monte alto. Se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. De repente se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él. Pedro, entonces, tomó la palabra y dijo a Jesús: *Señor, ¡qué bueno es que estemos aquí! Si quieres, haré tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.*

Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra, y una voz desde la nube decía: *Este es mi Hijo, el amado, en quien me complazco. Escuchadlo.* Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto. Jesús se acercó y, tocándolos, les dijo: *Levantaos, no temáis.* Al alzar los ojos, no vieron a nadie más que a Jesús, solo.

Cuando bajaban del monte, Jesús les mandó: *No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.*

Palabra del Señor

¡AVISOS!



Por su interés, reproducimos aquí el texto íntegro del ***Comunicado de prensa*** de Mons. Pascal Roland, obispo de Ars-Belley (Francia) ante la amenaza del *coronavirus*.

Más que a la epidemia de coronavirus, debemos temer a la epidemia del miedo. Por mi parte, me niego a ceder al pánico colectivo y a someterme al principio de precaución que parece mover a las instituciones civiles. Así que no tengo la intención de emitir instrucciones específicas para mi diócesis: ¿los cristianos dejarán de reunirse para rezar? ¿Renunciarán a tratar y a ayudar a sus semejantes? A parte de las precauciones elementales que todos toman espontáneamente para no contaminar a otros cuando están enfermos, no resulta oportuno agregar más.

Deberíamos recordar que en situaciones mucho más serias, las de las grandes plagas, y cuando los medios sanitarios no eran los de hoy, las poblaciones cristianas se ilustraron con pasos de oración colectiva, así como por la ayuda a los enfermos, la asistencia a los moribundos y la sepultura de los fallecidos. En resumen, los discípulos de Cristo no se apartaron de Dios ni se escondieron de sus semejantes, sino todo lo contrario. ¿El pánico colectivo que estamos presenciando hoy no revela nuestra relación distorsionada con la realidad de la muerte? ¿No manifiesta la ansiedad que provoca la pérdida de Dios? Queremos ocultarnos que somos mortales y, al estar cerrados a la dimensión espiritual de nuestro ser, perdemos terreno. Disponiendo de técnicas cada vez más sofisticadas y más eficientes, pretendemos dominarlo todo y nos ocultamos que no somos los señores de la vida.

De paso, tengamos en cuenta que la coincidencia de esta epidemia con los debates sobre las leyes de bioética nos recuerda oportunamente nuestra fragilidad humana. Esta crisis global tiene al menos la ventaja de recordarnos que vivimos en una casa común, que

todos somos vulnerables e interdependientes, y que es más urgente cooperar que cerrar nuestras fronteras.

Además, parece que todos hemos perdido la cabeza. En cualquier caso, vivimos en la mentira. ¿Por qué de repente enfocamos nuestra atención sólo en el coronavirus? ¿Por qué ocultarnos que cada año en Francia, la banal gripe estacional afecta a entre 2 y 6 millones de personas y causa alrededor de 8.000 muertes? También parece que hemos eliminado de nuestra memoria colectiva el hecho de que el alcohol es responsable de 41.000 muertes por año, y que se estima en 73.000 las provocadas por el tabaco.

Lejos de mí, entonces, la idea de prescribir el cierre de iglesias, la supresión de misas, el abandono del gesto de paz durante la Eucaristía, la imposición de este o aquel modo de comunión considerado más higiénico (dicho esto, cada uno podrá hacer como quiera), porque una iglesia no es un lugar de riesgo, sino un lugar de salvación. Es un espacio donde acogemos al que es Vida, Jesucristo, y donde, a través de Él, con Él y en Él, aprendemos juntos a vivir. Una iglesia debe seguir siendo lo que es: un lugar de esperanza.

¿Deberíamos calafatear nuestras casas? ¿Deberíamos saquear el supermercado del barrio y acumular reservas para prepararnos para un asedio? ¡No! Porque un cristiano no teme a la muerte. Es consciente de que es mortal, pero sabe en quién ha puesto su confianza. Él cree en Jesús, que le afirma: *Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre* (Jn 11,25-26). Él se sabe habitado y animado por *el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos* (Rom 8,11).

Además, un cristiano no se pertenece a sí mismo, su vida debe ofrecerse, porque sigue a Jesús, quien enseña: *El que quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí y el Evangelio, la salvará* (Mc 8:35).

Cierto, no se expone indebidamente, pero tampoco trata de preservarse. Siguiendo a su Maestro y Señor crucificado, el cristiano aprende a entregarse con generosidad al servicio de sus hermanos más frágiles, con miras a la vida eterna.

Entonces, no cedamos ante la epidemia de miedo. No seamos muertos vivientes. Como diría el Papa Francisco: *¡no os dejéis robar la esperanza!*

+ Pascal ROLAND



Recordamos que Caritas parroquial ha organizado una comida solidaria para el día **14 de marzo**, sábado, en **A Caseta da Barra** (Montero Ríos 28) a las 14.30 hs. Las personas que deseen participar han de retirar el tique correspondiente en la secretaría de la parroquia de La Nova.



El actual obispo de San Sebastián, **Mons. Ignacio Munilla** tendrá en nuestra ciudad el **16 de marzo, lunes**, una **Jornada sobre la familia** con el siguiente programa:

En el Seminario:

10.30: “La verdad, bondad y belleza en la familia”

12.00: “Al servicio de la familia”

13.00: Diálogo con los asistentes

En La Nova:

20.30: “Sanar las heridas afectivas”